

CONTRIBUCION AL PANEL DE APERTURA AL XVI SIMPOSIO

“Sexualidad y psicoanálisis. Cambios y constantes en la teoría y la clínica.”

R. Horacio Etchegoyen

En el Panel de Apertura al XVI Simposio de nuestra Asociación, titulado “Sexualidad y psicoanálisis. Cambios y constantes en la teoría y la clínica”, realizado el 20 de octubre de 1994, el Dr. R. Horacio Etchegoyen formuló un breve comentario en relación a lo que él considera un error básico en nuestra práctica actual, consistente en que cada vez se interpretaría menos la sexualidad. Textualmente, expresó “(...) Evoco largos períodos de supervisión de gente capacitada, sin que nunca aparezca una fantasía sexual interpretada. La homosexualidad es como si no existiera y a mí me parece que habría que recuperar la importancia que tiene en la sesión psicoanalítica, en el fenómeno transferencial y en la vida actual.(...)”

Sus palabras generaron gran interés, tanto entre los integrantes de la mesa como en la concurrencia, y fueron retomadas en algunas mesas de discusión de trabajos. Ante el entusiasmo y los interrogantes despertados, Psicoanálisis le pidió una ampliación de los conceptos vertidos.

A cien años de los *Estudios sobre la Histeria* y a noventa de los *Tres Ensayos* tenemos pruebas de que el descubrimiento de la sexualidad infantil fue un factor decisivo para que se modificara la actitud del siglo XX frente a la sexualidad. Freud pensaba que ese conocimiento allanaría el camino hacia una sociedad más dichosa y más sana; pero los hechos, por desgracia, no parecen haberle dado la razón. Sobrevinieron por cierto muchos cambios,

algunos auspiciosos; pero la sexualidad sigue siendo hoy fuente de conflicto como en la Viena finisecular y es, como entonces, un factor decisivo en las desventuras de la humanidad. No es lo mismo libertad que liberación y hay una gran distancia entre sexualidad adulta, infantil y perversa, como dice Meltzer.

Es verdad que hoy se habla sin tapujos de la sexualidad y se ha roto por suerte el tabú que pesaba sobre ella a comienzos del siglo, pero no ha cambiado todavía su potencial patógeno. Se habla mucho del sexo y se lo practica más abiertamente, sin que se lo haya descargado de los conflictos que por fuerza lo acompañan, porque ciertos cambios son más aparentes que reales, cuando no contrafóbicos; y entonces expresan nuestra patología en lugar de nuestra integración, madurez y responsabilidad. Cuando la sexualidad no está al servicio de un placer compartido y queda al margen de las tendencias reparatorias y altruistas inherentes al Homo Sapiens, entonces su ejercicio es sólo una caricatura de la libertad.

Esta es una de las dos reflexiones que me hacen surgir las excelentes ponencias de este panel. La otra va de la mano de la anterior y se refiere a lo poco que se interpreta la sexualidad en la tarea cotidiana del consultorio.

Es una experiencia que recojo todos los días en las supervisiones de miembros o candidatos y la registro también en mi trabajo clínico, donde tengo que estar alerta siempre para no caer en interpretaciones chirles y en vacuas generalizaciones.

En uno de los últimos seminarios que dicté en nuestro Instituto estaba explicando las diferencias entre simbolismo funcional y material, cuando un alumno me dijo, con frescura y sorpresa, que él, entonces, interpretaba más como Jung que como Freud; y tenía razón: nunca decía pene, vagina, culo o pecho, heces, orina o leche. Las interpretaciones funcionales sólo son legítimas si abren el camino a las que alcanzan al conflicto sexual que se está dando en la transferencia. Es muy pertinente empezar interpretando al analizado, a lo Adler, que se siente inferior frente a mí, pero tiene que llegar un momento en que el material me autorice a interpretar que él cree que su pene es más chico que el mío, que mi chorro de orina llega más lejos que el suyo o lo que fuera. Si ese momento no llega nunca es porque el psicoanálisis estaba equivocado o porque hemos abandonado sin pena ni gloria el paradigma freudiano de la sexualidad.

Es notorio, por no decir patético, que muchas veces nos conformamos con interpretar la transferencia en términos de una desleída relación analista-paciente, soslayando los conflictos sexuales subyacentes (¡y a veces manifiestos!), sin que nunca llegue el momento de interpretarlos taxativamente, llamando al pan pan y al vino vino, como decía Freud y hacía sin descanso Melanie Klein.

No basta que le diga a mi analizada que esta enamorada de mí o que desea que la quiera. Es necesario que, cuando el material me lo dicte, le muestre sus fantasías edípicas y preedípicas con los impulsos orales, anales y genitales que estén en juego, si no quiero achatar el análisis a un mero juego de palabras, a una conversación galante entre hombre y mujer.

Veo frecuentemente como supervisor una fuerte tendencia a interpretar las angustias de separación en función del holding y/o de la relación continente-contenido sin buscar las raíces eróticas que las alimentan; y a mí mismo me pasa. A veces se interpreta la angustia de separación y el desamparo para eludir un deseo sexual que está a la vista. Interpretar las angustias de separación es, qué duda cabe, una parte esencial de nuestro quehacer; pero no lo hagamos para dejar de lado la sexualidad que las alimenta y las recubre.

Ahora, cuando a pedido de Psicoanálisis trato de reproducir lo que dije en la mesa, viene a mi memoria la consulta que una colega joven, de excelente formación dicho sea entre paréntesis, me hizo ya hace un tiempo. Se trataba de una niña latente huérfana de madre. Llega a la última sesión de la semana, hace una pelota de plastilina y unos arcos con potes de ténpera y se pone a jugar con la analista, a meter goles, con muestras claras de agresión y rivalidad. La analista interpreta correctamente el enojo de la niña por el próximo fin de semana. Sigue el juego y la niña tiene un acto fallido: la llama a la analista por el nombre de una maestra que – agrega– está embarazada y va a tener un bebé. La analista interpreta ahora que la niña se siente cerca de ella y quisiera ser un bebé dentro de su panza. La niña redobla el juego y le mete muchos goles a la analista, a veces con trampa, mientras comenta que esa noche su papá va a ir al cine con su nueva pareja. La identificación de la niña con el padre atacando a la analista-madre embarazada en la escena primaria no fue interpretada, ni tampoco el obvio simbolismo de la pelota y el arco.

Más llamativa es todavía la forma en que se interpreta, o, mejor dicho, que no se interpreta la homosexualidad. Frente a fantasías homosexuales notorias del analizado escucho todos los días respuestas interpretativas sobre el fin de semana y/o sobre la necesidad de ser contenido por el analista. Estas interpretaciones son absolutamente válidas y pertinentes; pero ¿cuándo le vamos a decir al paciente que su necesidad de ser contenido está erotizada? Pocos analistas lo hacen y muchos creen, por desgracia, como Adler, que hacerlo aumenta los sentimientos de inferioridad; o provoca inconvenientes, como siempre sostuvo Jung. Escucho a diario interpretar, con acierto, las angustias persecutorias en la transferencia; muy pocas veces, en cambio, referirlas concretamente a la transferencia homosexual, como si los conflictos de Schreber fueran una excepción y no la regla en nuestro trabajo clínico.

Espero que estas afirmaciones, apodícticas en función del momento y del tiempo de que dispongo, sirvan para mostrar la vigencia del paradigma freudiano de la sexualidad; y confío que ustedes me perdonen. Muchas gracias.

Descriptores: Sexualidad. Psicoanálisis.

R. Horacio Etchegoyen
Posadas 1580, 13° "A"
1112 Buenos Aires